

EL FIN DE UN IMPERIO: LA DEFENSA BRITÁNICA EN LA GUERRA FRÍA

Guillem COLOM PIELLA
Doctor en Seguridad Internacional
Máster en Relaciones Internacionales



ENTRE 1945 y 1989, el Reino Unido realizó importantes cambios en su esfera doméstica y dimensión internacional para adaptarse a un mundo en constante evolución. En materia de defensa, el país que antaño fuera uno de los polos del poder global y una potencia hegemónica en Europa, se vio obligado a redefinir su arquitectura defensiva tras el desplome de su imperio, la consolidación de la Guerra Fría y la fragilidad de su economía. Estos factores mediaron para que Londres limitara su nivel de ambición a la región euroatlántica, orientara su defensa hacia su contribución a la Alianza Atlántica y redujera notablemente la entidad y medios de sus Fuerzas Armadas (FF. AA.).

El artículo estudiará la evolución de la defensa británica durante la Guerra Fría, caracterizada por la progresiva pérdida de autonomía estratégica, la regionalización del ámbito de actuación, la atlantización del planeamiento militar y por la incapacidad de equilibrar los objetivos de defensa nacional y los medios para satisfacerlos. El estudio se realizará mediante el análisis de las cuatro revisiones realizadas durante este período. Condicionadas por la evolución económica, política y estratégica británica, cada una de estas revisiones pretendía cerrar la brecha que se iba generando entre los objetivos de defensa nacional y los recursos para lograrlos. No obstante, al basarse en planteamientos excesivamente optimistas, su implementación provocaba un nuevo desajuste que cuando se tornaba insostenible requería iniciar una nueva revisión.

Al terminar la Segunda Guerra Mundial, Gran Bretaña procedió a desmovilizar parcialmente sus fuerzas y dismantelar su economía de guerra para liberar los recursos humanos y materiales necesarios para reconstruir el país. En el plano estratégico, Londres abrió un período de reflexión para meditar

TEMAS GENERALES

sobre el futuro de su imperio, identificar los efectos que había tenido el conflicto sobre el mapa europeo y observar la configuración del orden internacional antes de definir su estrategia de seguridad.

Sin embargo, cuando la Guerra Fría todavía no se había formalizado completamente, el Gobierno laborista de Clement Attlee (1945-51) intentó codificar los intereses del país con la *Three Pillar Strategy* (1). Revelada en 1948, esta exponía que la seguridad de la Commonwealth se asentaba sobre tres ejes —la defensa del Reino Unido, la protección de las líneas de comunicación marítimas del imperio y la seguridad de Oriente Medio como pivote defensivo— y que estos debían fundamentar el planeamiento de la defensa del país. Esta estrategia sirvió como base para la elaboración del *Defence Policy Paper* (1950) y el *Global Strategy Paper* (1952). Ambos recomendaban acelerar el rearme convencional por la amenaza latente en Europa, desarrollar el arma atómica para dotarse de una disuasión independiente y convertirse en la tercera potencia de la Guerra Fría e incrementar el gasto militar hasta el 10 por 100 del Producto Interior Bruto (PIB) para garantizar la consecución de estos planes. También subrayaban la importancia del paraguas nuclear americano para paliar las carencias defensivas del país, la necesidad de comprometerse con la defensa de Alemania, la obligación de mantener la presencia militar en Europa y la conveniencia de coordinar los planes de contingencia y los despliegues de fuerzas británicas con la recién creada OTAN.

Aunque el Reino Unido detonó su primer ingenio nuclear en 1952, ni el rearme convencional produjo los resultados esperados (los materiales de fabricación local eran costosos y no alcanzaban los estándares de la época) ni tampoco podía mantenerse el objetivo de gasto previsto para satisfacer las ambiciones imperiales del país en una coyuntura marcada por la crisis económica y la configuración del estado del bienestar (2). Además, la *Three Pillar Strategy* quedó obsoleta porque la crisis de Suez acabó con las aspiraciones británicas y supuso el principio del fin de su imperio. Esta campaña franco-británica para evitar la nacionalización del canal de Suez terminó con un alto el fuego impuesto por Estados Unidos. No obstante, a diferencia de París —que concluyó que la única opción para mantener su influencia pasaba por afianzar su autonomía—, Londres llegó a la conclusión contraria, según la cual el mantenimiento de su posición global requería estrechar la «relación especial» que el país tenía con Estados Unidos.

Tras la renuncia del primer ministro Anthony Eden por el fiasco de Suez, Harold MacMillan (1957-63) fue nombrado jefe de Gobierno y Duncan

(1) OVENDALE, Ritchie: «British Defence Policy Since 1945». *Manchester University Press*, 1994, pp. 18-40.

(2) HARTLEY, Keith: «The Cold War: Great-power Traditions and Military Posture: Determinants of British Defence Expenditure After 1945», *Defence and Peace Economics*, 8-1 (1997), pp. 17-35.

Sandys (1957-59) titular de defensa; y en tres meses elaboraron un documento que, titulado *Defence: Outline of Future Policy* (3), constituye la primera revisión de la defensa británica de la Guerra Fría.

Condicionado por la coyuntura política y financiera que atravesaba el país, este trabajo estimaba que la debacle de Suez había manifestado que la arquitectura defensiva británica era obsoleta, insostenible e incapaz de satisfacer sus ambiciones. También entendía que los avances en materia militar —aviones supersónicos, misiles, ingenios atómicos o submarinos de propulsión nuclear— podían transformar al arte bélico. Ello obligaba a revisar la defensa para hacerla más asequible, equilibrada, moderna, realista y adecuada tanto al entorno de seguridad global como a la situación doméstica del país (4).

Partiendo de la premisa de que Gran Bretaña era una potencia con ambiciones globales, que la situación económica aconsejaba reducir el gasto en defensa sin descuidar sus compromisos de seguridad y que la dinámica de bloques recomendaba estrechar la «relación especial» con Estados Unidos, la revisión planteaba unos objetivos de defensa basados en su contribución a la seguridad occidental, la protección de sus colonias y protectorados frente a cualquier agresión y la conducción de operaciones limitadas en el exterior. Para garantizar su consecución, el documento proponía las siguientes acciones:

- Abolición definitiva del servicio militar debido a presiones sociales, razones económicas y la contracción de la presencia militar británica en el extranjero.
- Descenso del objetivo de fuerzas desde 690.000 efectivos activos a 372.000, una cifra que se mantendría hasta el final de la Guerra Fría.
- Racionalización de la industria aeronáutica mediante la concentración empresarial y la creación de la British Aircraft Corporation para competir en el mercado global.
- Reducción de la Fuerza Aérea e impulso de los programas de misiles, que se esperaba que sustituirían a la aviación tripulada. Ello motivó la cancelación de varios programas armamentísticos, y junto con la concentración empresarial, tuvo nefastos efectos sobre la industria aeronáutica británica.
- Reestructuración de la Armada, desactivación de los acorazados y desarrollo de un ambicioso plan de construcción de portaaviones. Se estimaba que estos buques eran idóneos para proyectar el poder, reemplazar la presencia avanzada y mantener la capacidad de respuesta frente a crisis limitadas en tiempo de paz.

(3) MoD: *Defence: Outline of Future Policy*, Londres, HMSO, 1957.

(4) CROFT, Stuart; DORMAN, Andrew; REES, Wyn; UTTLEY, Matthew: *Britain and Defence 1945-2000: A Policy Re-evaluation*, Harlow, Longman, 2001, pp. 9-28.

TEMAS GENERALES

- Reorganización del Ejército para adecuarse al fin del servicio militar y a las reducciones en el objetivo de fuerzas. Ello significó la supresión de muchos regimientos o su integración —caso de los históricos— en brigadas de maniobra.
- Construcción de un arsenal atómico capaz de garantizar la disuasión británica, suplir sus carencias en materia convencional y reducir el coste de la defensa (5). Tras varios intentos fallidos, este se organizó en torno a varios centenares de ingenios nucleares tácticos de lanzamiento aéreo y seis docenas de misiles balísticos Polaris que equiparían a los cuatro submarinos lanzamisiles de la clase *Resolution*.
- Reducción de la presencia en el exterior y concentración de la esfera de influencia en el área euroatlántica y mediterránea hasta Oriente Medio. La decisión de desguarnecer las bases situadas al este de Suez (Adén, Bahrein, Malasia, Mauricio, Omán, Maldivas, Borneo o Singapur), conservando Hong Kong y Brunei, entrañaba renunciar a los pivotes en el Lejano Oriente sobre los que se había basado su política imperial. No obstante, esta decisión fue pospuesta tras la petición estadounidense de mantener la presencia para evitar la expansión comunista en el sudeste asiático.
- Integración de los ministerios militares y del Ministerio de Suministros dentro del Ministerio de Defensa.

La implementación de esta revisión replanteó la defensa británica. Aunque se continuaba asumiendo que el país era una potencia global, su acción exterior perdió presencia e influencia a favor de la «relación especial» con Estados Unidos; su política de defensa se orientó *de facto* hacia la OTAN y su política militar se basó en la pérdida de capacidades convencionales a cambio de la creación de un arsenal nuclear. Los ejércitos redujeron sus niveles de fuerza en un 50 por 100, continuaron mal equipados y abandonaron su vocación expedicionaria para combatir en Europa y proteger las Islas Británicas de un ataque soviético. No obstante, mientras el país se preparaba para defender el continente europeo, sus FF. AA. se vieron envueltas en pequeñas crisis en Omán, Adén, Malasia, Borneo o Kenia, que pusieron de manifiesto su incapacidad para mantener sus compromisos y que, junto con la marcha de la econo-

(5) Aunque el Reino Unido detonó su primera bomba atómica en 1952 y su primer ingenio termonuclear en 1957, fue tras esta revisión cuando Londres construyó su arsenal nuclear (inicialmente formado por bombas de caída libre lanzadas desde bombarderos y posteriormente compuesto por bombas y misiles balísticos lanzados desde submarinos) y desarrolló su doctrina de empleo fundamentada en la *interdependencia nuclear*, entendida esta como el planeamiento conjunto entre el Reino Unido y la Alianza Atlántica y la opción británica de empleo unilateral en caso de emergencia nacional.

mía y el cambio de signo político en Whitehall, acabaron motivando la elaboración de nueva revisión de la política de defensa británica.

La victoria laborista en los comicios de 1964 acabó con una larga hegemonía conservadora. Este nuevo Gobierno, encabezado por Harold Wilson (1964-70), se mostró muy crítico con la gestión de la defensa de sus antecesores, especialmente por el excesivo gasto militar, el exagerado nivel de ambición, el sobreesfuerzo que sufrían las fuerzas y la confianza puesta en el armamento nuclear en detrimento del convencional. Estas críticas sirvieron para que el secretario de Estado de Defensa Denis Healey (1964-69) iniciara la segunda revisión de la defensa británica, un trabajo que se plasmó en la *Statement on the Defence Estimates 1966: the Defence Review* (6) y se refinó en las *Supplementary Statement on Defence Policy* de 1967 y 1968 (7).

La revisión pretendía reducir el montante de la defensa británica —que en aquellas fechas representaba un 7 por 100 del PIB— para contener el déficit público. Aunque esta disminución se estimó en un punto porcentual, en la declaración suplementaria de 1968 el objetivo de gasto se redujo hasta el 5'5 por 100 del PIB (8). Ello obligó al Ministerio de Defensa a tomar drásticas medidas que terminaron con las aspiraciones imperiales del país, debilitaron su capacidad de influencia y acabaron con su autonomía estratégica: se cancelaron programas de armamento y material y se priorizó la adquisición de sistemas estadounidenses (9); se reorganizó el patrón de despliegue de la fuerza y se redujo la presencia en el exterior; se replanteó el Ejército Territorial, se simplificó el planeamiento de la defensa y se resolvió «... no participar en ninguna guerra si no se realiza en cooperación con los aliados». Observándola con más detalle, esta propuso:

- El repliegue definitivo de las fuerzas británicas estacionadas al este de Suez, con la excepción de los destacamentos de Hong Kong y Brunei; la clausura de las bases situadas en el golfo Pérsico y la concentración de las unidades en el Reino Unido, Alemania, Chipre y Malta. Esta decisión comportó el punto y final del imperio, pero permitió reducir el sobreesfuerzo al que estaban sometidas las FF. AA. y supuso un gran ahorro económico que contribuyó a estabilizar el gasto militar y

(6) MoD: *Statement on the Defence Estimates 1966*. Londres, HMSO, 1966.

(7) MoD: *Supplementary Statement on Defence Policy 1967-1968*, Londres, HMSO, 1967-1968.

(8) Ello estuvo motivado por la devaluación de la libra esterlina en 1966 y la urgencia de acometer nuevos recortes en el gasto debido a la situación económica que atravesaba el país. CHALMERS, Malcolm: «Paying for Defence: Military Spending and British Decline». Londres, Pluto Press, 1985, pp. 82-97.

(9) Sobre la «americanización» doctrinal, tecnológica y armamentística de la defensa británica: TILL, Geiger: *The British Warfare State and the Challenge of Americanisation of Western Defence*, en *European Review of History*, 15-4, 2008, pp. 345-74.

TEMAS GENERALES

mantener el estado del bienestar. Con posterioridad, Londres acordaría conservar una presencia limitada en Catar, Diego García y Gan y establecer convenios de seguridad para contribuir a la defensa colectiva en su antigua área de influencia.

- La cancelación de numerosos proyectos armamentísticos, entre los que destacan los programas estrella de la Fuerza Aérea y de la Armada (10): el bombardero *TSR-2*, que acabó con la capacidad de penetración a baja cota y ataque nuclear hasta la llegada del *Panavia Tornado* en 1980; y el portaaviones *CVA* (11), que dejó a los veteranos *Ark Royal* y *Eagle* como únicos portaaviones puros del país y cuya retirada durante la década de 1970 dejaría a los cruceros de cubierta corrida *Centaur* e *Invencible* —menos capaces que sus homólogos convencionales— como punta de lanza de la proyección naval británica. Estas decisiones redujeron la influencia estratégica, limitaron la autonomía industrial e incrementaron su dependencia del extranjero.
- La reducción y reestructuración del Ejército Territorial —con funciones de apoyo a la fuerza, reserva estratégica y defensa del territorio—, mediante la eliminación de la mitad de sus efectivos y su reorganización en fuerzas de propósito general, de apoyo a las unidades destacadas en Alemania, de defensa territorial y de reserva.
- La orientación del planeamiento de la defensa hacia la contribución a la Alianza: un Ejército de fuerzas mecanizadas para defender el Frente Central, una Fuerza Aérea para el ataque táctico y la defensa del canal de la Mancha, una Armada para la guerra antisubmarina y una fuerza nuclear estratégica a disposición de la OTAN.

Y mientras las fuerzas británicas completaban su retirada del este de Suez y se preparaban para combatir en la región euroatlántica, Londres se vio obligado a enfrentarse a otros problemas obviados por los estrategas. Se trataba de los conflictos de baja intensidad en Omán, Kenia o Chipre o la ocupación de Irlanda del Norte, que se convertiría en un importante problema en términos de fuerzas desplegadas, recursos económicos empleados y controversias

(10) La cancelación del bombardero *TSR-2* y del portaaviones *CVA* es paradigmática porque inicialmente su financiación parecía garantizada, pero la Fuerza Aérea y la Armada iniciaron una lucha fratricida —la primera intentó recuperar su capacidad de disuasión estratégica negando el papel de los portaaviones, y la segunda intentó mantener el *statu quo* nuclear, imponer un avión naval a la Fuerza Aérea a cambio de la cancelación del *TSR-2* y evitar que el Gobierno impusiera a la Armada la compra de dos portaaviones estadounidenses de segunda mano— que terminó con la cancelación de ambos proyectos.

(11) La clase *CVA* (*Attack Aircraft Carrier*) debía estar compuesta por un número no inferior a dos buques, con un desplazamiento comprendido entre las 53.000 y las 64.000 toneladas, estar equipada con un ala embarcada de caza y ataque nueva y servir como base de los grupos de proyección estratégica del país.

políticas generadas por el empleo de medios militares en labores de presencia, seguridad o contraterrorismo. No obstante, estas cuestiones fueron continuamente obviadas en las sucesivas revisiones de la defensa.

Estas líneas maestras fueron mantenidas por el Gobierno conservador de Edward Heath (1970-74), que redujo ligeramente los recortes en armamento, relajó el techo de gasto y revocó la reforma del Ejército Territorial. Sin embargo, la crisis del petróleo y el cambio de signo político en los comicios de 1974 motivaron la elaboración de una nueva revisión, que se presentó en 1975 (12). Coordinado por el titular de defensa Roy Mason (1974-76), el trabajo no se elaboró en base a consideraciones estratégicas, sino económicas. El Gobierno estimaba que la distensión Este-Oeste permitiría reducir el gasto militar hasta el 4'5 por 100 del PIB para equipararlo a la media de los socios europeos de la OTAN (13), sanear las arcas públicas y mantener el menguante estado del bienestar.

Admitiendo que, a pesar de la distensión, la Unión Soviética y el Pacto de Varsovia continuaban siendo las principales amenazas para la seguridad británica, se exponía que el planeamiento de la defensa debía orientarse hacia la contribución militar del país a la OTAN, por lo que cualquier otro compromiso debería reducirse hasta la más mínima expresión para no amenazar la viabilidad de la defensa. La aportación a la Alianza determinaría la estructura de fuerzas, catálogo de capacidades y patrones de despliegue del Ejército británico y se plasmaría en la provisión de fuerzas de primera línea en territorio alemán, fuerzas antisubmarinas en el Atlántico Este y mar del Norte, medios para la defensa territorial y la protección del canal de la Mancha y el arsenal nuclear. En consecuencia, mientras, se procedería a mantener aquellos elementos necesarios para cumplir con estos cometidos; el resto eran susceptibles de ser eliminados. Ello significó:

- La supresión de capacidades secundarias o de refuerzo: la flota de transporte aéreo fue reducida a la mitad; la reserva estratégica del Ejército fue eliminada; las fuerzas aerotransportadas perdieron dos de sus tres brigadas; las unidades paracaidistas fueron desmanteladas y la Infantería de Marina se convirtió en una fuerza ligera de asalto.
- La retirada total de las fuerzas desplegadas en el Mediterráneo, con la excepción de Gibraltar y Chipre, que experimentaron una sensible reducción.
- El repliegue de las flotas británicas del Mediterráneo — asignada esta a la Alianza Atlántica —, del lejano oeste y de las Indias Occidentales.

(12) MoD: *Statement on the Defence Estimates 1975: Part I*, Londres, HMSO, 1975.

(13) Durante este período, la media de gasto militar en la Alianza Atlántica se situaba en el 5'3 por 100 del PIB, pero la de los socios europeos era del 4'3 por 100. NATO Press Service: *Financial and Economic Data Relating to NATO Defence*, Bruselas, OTAN, 1975.

TEMAS GENERALES

Estas iniciativas permitieron suprimir 33.000 efectivos, equilibrar el presupuesto de defensa y mantener el gasto por debajo del 4'5 por 100 del PIB. No obstante, el precio a pagar fue enorme: Gran Bretaña comprometió su defensa nacional, perdió la capacidad para actuar autónomamente fuera del área euroatlántica, redujo el catálogo de capacidades de sus FF. AA. y perdió competencias que pronto se demostrarían esenciales. Sin embargo, este trabajo, que reconocía tácitamente que el país ni era ni podía permitirse ser una potencia, tuvo una vigencia muy efímera, puesto que la crisis monetaria de 1976, que obligó a devaluar la libra esterlina y reclamar la asistencia del FMI, convirtió en obsoletos estos planteamientos y motivó la elaboración de una nueva revisión en 1981.

Coincidiendo con la invasión soviética de Afganistán y el enfriamiento de las relaciones entre los bloques, Margaret Thatcher (1979-90) fue nombrada primera ministra. Esta ferviente anticomunista intentó aplicar, junto a su homólogo Ronald Reagan, una batería de iniciativas para contener a la Unión Soviética, entre las que se hallaba un repunte del gasto militar. Aunque para el bienio 1980-82 el presupuesto de defensa escaló hasta casi el 6 por 100 del PIB, la recesión económica y la deuda acumulada obligaron a revisar los programas armamentísticos para adecuarlos al escenario presupuestario del momento. Elaborado bajo la dirección del secretario de Estado de Defensa John Nott (1981-83), el trabajo *United Kingdom Defence Programme: The Way Forward* (14) no se limitó a evaluar en profundidad la programación militar, sino que acabó revisando nuevamente la política de defensa británica.

Condicionada por la segunda Guerra Fría y los efectos de la recesión, la reconversión industrial y la implementación de nuevos mecanismos de control de gasto, esta revisión reivindicaba la vocación atómica del Reino Unido (15) y el valor de su arsenal estratégico como garantía última de su integridad, exponía la determinación del país de no conducir ninguna operación independientemente y manifestaba que el planeamiento de fuerzas se orientaría hacia la OTAN, pero que por motivos económicos y estratégicos, esta contribución se concentraría en la provisión de fuerzas terrestres. De implementarse, estas decisiones supondrían la reconversión de la Armada en una fuerza litoral sin capacidad de proyección y la pérdida total de la capacidad del país por actuar fuera del área euroatlántica. Basándose en estos principios, la revisión propuso:

(14) MoD: *The United Kingdom Defence Programme: The Way Forward*. Londres, HMSO, 1981.

(15) Esta declaración debe entenderse en su contexto histórico, puesto que a inicios de la década de 1980 el Reino Unido debía decidir sobre el futuro de su arsenal nuclear estratégico, y tanto la oposición como el grueso de la opinión pública eran reticentes a mantener estos costosos y controvertidos sistemas. No obstante, en 1982 Thatcher firmó con Reagan un nuevo acuerdo para la obtención de misiles Trident.

- La modernización del arsenal estratégico mediante la sustitución de los misiles Polaris por los más modernos Trident y la construcción de nuevos submarinos de la clase *Vanguard*, que reemplazarían a los *Resolution*.
- El mantenimiento del volumen de fuerzas previo a la revisión de 1975 mediante la concentración de las unidades, la reducción de infraestructuras, el cierre de bases y la integración del Ejército Territorial con el resto de fuerzas de reserva.
- La reforma del proceso de adquisición. En línea con la reconversión industrial, la desregulación del sector público y la liberalización de los servicios, se impusieron concentraciones empresariales, se abandonó el sistema de «campeones nacionales» y se abrió el mercado de defensa a la competencia externa. Ello entrañó la pérdida de tejido industrial, capacidades nacionales y soberanía en materia militar-industrial.
- La orientación de los planeamientos de la defensa, de fuerzas y de contingencia hacia la contribución a la OTAN. En un contexto marcado por la implementación del Plan Rogers, esta medida requería identificar, priorizar y sufragar todos aquellos programas de armamento susceptibles de apoyar esta iniciativa (carros de combate y vehículos de combate de infantería, artillería autopropulsada, misiles contracarro, helicópteros, sistemas ISTAR o aviones de ataque e interdicción), mientras se cancelaba, posponía o redefinía el resto de los proyectos.
- La reducción de la Armada y su reorientación hacia la lucha antisubmarina en el mar del Norte. Ello implicaría la baja de doce escoltas, dos buques anfibios, la venta del *Invencible* a Australia, la reconversión de los dos cruceros restantes en portahelicópteros y la cancelación de los nuevos destructores. Estos recortes comportarían la eliminación de la capacidad de proyección de la Armada.

Aunque estas líneas deberían haber guiado la defensa del país, pronto se convirtieron en obsoletas por la Guerra de las Malvinas, que no solo puso de manifiesto el desgaste que habían sufrido las FF. AA. tras años de recortes, sino también reveló la inadecuación de los supuestos sobre los que se había fundamentado su planteamiento de la defensa. Aunque el informe oficial del conflicto identificó varias lecciones —el valor de los cruceros de cubierta corrida, la aviación naval y los buques de desembarco, la obsolescencia de los destructores o las carencias logísticas—, concluyó que ninguna de ellas invalidaba las decisiones tomadas en 1981. No obstante, muchas propuestas fueron revocadas. Se canceló la venta del *Invencible* y los dos cruceros restantes continuaron como portaaviones, se conservaron los *Harrier*, se replantearon las reducciones en el número de escoltas, se mantuvieron los dos buques anfibios y se crearon nuevas fuerzas aerotransportadas. Ello permitió recuperar

TEMAS GENERALES

varias competencias perdidas y conservar cierta capacidad de proyección, pero desequilibró el planeamiento de la defensa.

En efecto, las propuestas trazadas en 1981 y revisadas tras el conflicto de las Malvinas se mantuvieron hasta el final de la Guerra Fría. Se priorizó la modernización del arsenal nuclear, la contribución militar a la Alianza y el mantenimiento de una limitada capacidad de proyección estratégica; se racionalizaron y simplificaron las estructuras de defensa y se abrió el mercado militar a la competencia exterior. Sin embargo, la recesión económica, la escalada de costes de los sistemas y la imposibilidad de reducir los gastos fijos de la administración militar invalidaron estos planteamientos y dilataron la brecha entre los objetivos de defensa y los recursos para satisfacerlos. A pesar de las advertencias sobre la insostenibilidad de la defensa a medio plazo y la necesidad de acometer drásticos recortes en la programación militar, el Gobierno optó por mantener intactas las provisiones trazadas en 1981 (16). Cuando en la segunda mitad de la década la situación se tornó insostenible, los ejércitos trazaron un plan de choque —basado en la inmovilización de equipos, la suspensión de ejercicios o la desactivación de unidades— para evitar el colapso de las FF. AA. y forzar al Gobierno a que iniciara una nueva revisión de la defensa que contemplara grandes recortes en la estructura, capacidades y material para equilibrar el planeamiento militar. Sin embargo, fue preciso esperar hasta 1990 —coincidiendo con la caída del Telón de Acero y la dimisión de Thatcher— para que el ejecutivo emprendiera la primera gran revisión de la defensa de la posguerra fría e implementara drásticos recortes —justificados a partir de ahora por el entorno de seguridad multipolar y el cobro del dividendo de la paz— en la estructura de fuerzas, catálogo de capacidades, patrones de despliegue, programas de modernización y gasto militar que han continuado hasta la actualidad.

Conclusiones

Durante la Guerra Fría, la política de defensa británica se fundamentó en la ineficaz búsqueda de un punto de equilibrio entre los fines de la defensa nacional y los medios disponibles para alcanzarlos. Un excesivo optimismo político, un cambiante panorama estratégico y una frágil economía impidieron formular unos planes de defensa realistas, equilibrados y adecuados a la realidad doméstica e internacional del país.

Tras un período de transición en el que Londres mantuvo intactas sus aspiraciones imperiales, expuso su voluntad de convertirse en el tercer polo del

(16) EDMONDS, Martin: *The Defence equation: British military systems: policy, planning and performance*. Londres: Brassey's, 1986.

poder mundial y definió una arquitectura defensiva insostenible para la situación económica de la posguerra; la debacle de Suez puso de manifiesto tanto la realidad del mundo bipolar como la irrelevancia estratégica británica. A partir de entonces, el Reino Unido se vio obligado a redefinir su posición en el mundo y reducir paulatinamente su nivel de ambición para adecuarlo a la realidad política, estratégica y económica del país. Aunque en 1957 se llevó a cabo un profundo replanteamiento de defensa británica mediante el fortalecimiento de la relación especial con Washington, la consolidación de la estrategia nuclear y la orientación militar hacia la OTAN, no fue hasta el trienio 1966-68 cuando la crisis económica obligó a adoptar drásticas medidas que terminaron definitivamente con las pretensiones imperiales, debilitaron la capacidad de influencia y acabaron con la autonomía estratégica del país. Esta tendencia continuó en la década de 1970, cuando la distensión entre los bloques sirvió para justificar nuevas reducciones del presupuesto y enfocar el planeamiento hacia la OTAN; y en la revisión de 1981 que, formalmente elaborada para evaluar la programación de armamento y material, acabó certificando la regionalización, atlantización y especialización de la defensa británica. Aunque la Guerra de las Malvinas puso de manifiesto las carencias militares del país y revirtió varias de las decisiones planteadas durante los años anteriores, la situación económica, la escalada de costes de los sistemas y la imposibilidad de reducir los gastos fijos de la administración militar dilataron nuevamente la brecha entre los objetivos de defensa y los recursos para satisfacerlos hasta que la situación se tornó nuevamente insostenible.

El final de la Guerra Fría alteró los fundamentos de la defensa británica, quebrantó las líneas básicas de su planeamiento militar y dejó a unas FF. AA. preparadas para luchar contra una amenaza que se había desvanecido, pero también permitió sentar las bases para redefinir la arquitectura de seguridad y defensa del país.

